

en torno de tan gran princesa, este Rey del Norte, poseído de los mismos sentimientos que la Reina del Mediodía al contemplar en su magnificencia la sabiduría de Salomón, no cesaba de admirar la sabiduría harto preferible de una señora que sabia encontrar en la privación su embeleso y el desprecio de toda magnificencia. Apenas daba crédito á sus ojos al ver el contento y el puro y franco regocijo de una princesa que diariamente se inmolaba á todos los rigores de una vida de penitencia. «Ni París, ni la Francia, decia, ni Roma, ni la Italia, me han presentado nada comparable con el portento que se encierra en el convento de Carmelitas de San Dionisio.»

Así pues, madama Luisa habia dado, en la balanza de la divina justicia, un gran contrapeso á los delitos de su siglo. ¿Quién sabe si á las heroicas virtudes de esa real virgen debió la Francia el conservar aquella chispa de fe que la impiedad no pudo extinguir aun entre oleadas de sangre? Como quiera que sea, llegó el día de la recompensa, y el ángel de paz, de oración y expiación, dejó esta morada de destierro el día 23 de diciembre de 1787.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber opuesto tan bellos ejemplos de virtud á los escándalos de la tierra; hacednos la gracia de que imitemos aquellos y sepamos huir de éstos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no leeré jamás libros sospechosos.*

LECCION LIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada: Estados generales; Asamblea constituyente; supresion de las Órdenes monásticas; juramento forzoso. — La Iglesia defendida: discursos y conducta de los obispos en la Asamblea nacional. — La Iglesia atacada: saqueo y destruccion de los templos; diosa *Razon*; — defendida: Mártires en la iglesia de Carmelitas; abate Fenelon; clero de Nevers, é historia de sus persecuciones; Pio VI.— Juicio de Dios contra la Francia; — contra sus perseguidores; — particularmente contra Collot-d'Herbois. — La Iglesia consolada: eleccion de Pio VII; conversion de herejes; progreso de la Religion en los Estados-Unidos; mision de Corea. — Cuadro de la Religion desde principios del siglo XIX.

Fúnebre es el cuadro que á vuestra vista nos falta desplegar, el cuadro lamentable de una nación abandonada de Dios: ¡ojalá no sea estéril esta leccion! La liga infernal que habia jurado aniquilar el Cristianismo se reforzaba de día en día, hasta hacerse de moda la impiedad y el desenfreno por ella preconizados. En vano el Señor conjuró á la Francia que se convirtiese de nuevo á él; en vano le anunció por boca de sus ministros los tremendos castigos que serian el pago de su pertinacia: á estas indicaciones la cohorte filosófica esparcida por toda la haz del reino solo respondia con befa impía y con aquel clamor sanguinario que por vez primera resonó en las calles de Jerusalem pocas horas antes de morir Jesús: *¡No queremos que reine sobre nosotros!*

Eso ya era demasiado apurar: Dios se retira. Al momento la impiedad hace de las suyas, jurando hundir en el propio abismo la Religion y la Corona. Reunidos los Estados generales en Versalles el año 1789 para excogitar medios de cubrir la deuda del Estado, la impiedad que domina en la Asamblea no tarda en manifestar su ojeriza contra la Religion: declara que todos los bienes del Clero pertenecen á la nacion, prohíbe admitir novicios en los conventos, y luego despues suprime las Órdenes religiosas apoderándose de todos sus haberes para que nunca puedan restablecerse. Las casas religio-

sas que á la sazón existían en Francia pasaban de doce mil, entre abadías, conventos, prioratos y demás monasterios de uno y otro sexo; fundados sucesivamente por la piedad de los reyes, de los grandes y de los particulares, rendían, según hemos visto, notables servicios, pues diseminados por las ciudades y aldeas, y hasta por los bosques más retirados, eran en todas partes unos asilos abiertos á la virtud y al saber, y la mayor parte contenían monumentos antiguos, depósitos literarios y otros objetos de valía: pues bien, todas esas admirables fundaciones, tan gratas á la juventud, al infortunio y á las diferentes clases sociales, desaparecieron junto con los tesoros que encerraban, y la piqueta revolucionaria del Filosofismo destruyó en un instante la obra de tantos siglos ¹.

Destruído ya el orden monástico, la impiedad dirigió sus ataques contra la misma Iglesia; pues todo enemigo cuando ha arrasado las obras exteriores, endereza sus tiros contra el corazón de la plaza. Trazó, pues, la Asamblea un acta cismática con el nombre de *Constitucion civil del Clero*, en la que exigía que todos los miembros de éste jurasen conformarse á su tenor, esto es, á abjurar la fe católica y la sumisión debida á la Santa Sede. Mas como Dios desde el alto cielo velase aun por la suerte de la Francia, porción escogida de su patrimonio, desbarató en breves momentos la trama de la impiedad, haciendo que algunos heroicos confesores de la fe diesen uno de los espectáculos más sorprendentes que la historia de la Religión pueda recordar. Llegó el día señalado por el decreto, de que todos los eclesiásticos que formaban parte de la Asamblea, nominal é individualmente prestasen ante el Cuerpo legislativo juramento de sostener la *Constitucion civil del Clero*, ó según hemos indicado, de renunciar solemnemente á los verdaderos principios de la fe católica. Sus enemigos no habían perdonado medio para asegurarse el triunfo y preparar su derrota, habiendo allegado en el salón y en sus avenidas una horda de sicarios pagados, los cuales después de prodigar denuestos y amenazas á los prelados y sacerdotes fieles que iban entrando en la Asamblea, llenaban los ecos con estas vociferaciones de muerte: «Al farol los obispos y los clérigos que se nieguen á prestar el juramento.»

Avisado por esta señal de que era tiempo de empezar el ataque, el presidente se levanta, y coge la lista de los eclesiásticos que no ha-

¹ *Compendio del Memorial de la Revolucion*, pág. 221.

bían querido jurar. El primer interpelado es Mr. de Bonac, obispo de Agen: «Señores, responde este Prelado, poco me importa sacrificar mis intereses; pero lo que no puedo sacrificar es vuestra estimación y mis convicciones; y estoy seguro que perdería unas y otras «si prestase el juramento que se me exige.» Esta breve contestación hecha en tono decente y grave excita por un momento la admiración, ó mejor, reprime y suspende los primeros efectos del coraje de la izquierda ¹.

El presidente llama á Mr. Fournel, de la diócesis del mismo Prelado, digno párroco, cuyas palabras son las siguientes: «Señores, «parece habeis querido volvernos á los primeros tiempos del Cristianismo: ¡sea enhorabuena! Yo, con toda la sencillez de aquella «aventurosa edad de la Iglesia, diré que me glorio de seguir el ejemplo que mi obispo y señor acaba de darme, y que siguiendo sus «huellas, como el diácono Lorenzo siguió las de su obispo Sixto, le «acompañaré al martirio.»— Al oír esta respuesta empezaron á arrepentirse de haber dado al Clero ocasión para que tan pública y solemnemente atestiguase su constancia en la fe; pero creyendo que no todos harían gala de igual firmeza, llamó el presidente á Mr. Leclerc, cura de Cambre, diócesis de Séz. Su respuesta fué levantarse y decir: «Nací católico, apostólico y romano, y en esta «profesión de fe quiero morir, lo cual no podría, si prestase el juramento que me exigís.»

Á unas declaraciones tan firmes y categóricas la izquierda pierde ya los estribos, y para hacerlas cesar, pide se declare finido el llamamiento nacional. Entonces Mr. Baupoil de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, temiendo se le prive de una ocasión tan magnífica para rendir testimonio á la fe, y lleno de una solicitud que aligera el peso de sus años, sube á la tribuna, y encarándose con el presidente reclama silencio y dice: «Señores, tengo setenta años, y «treinta y cinco de obispado: sabed que no deshonraré mis canas «firmando vuestros decretos, y por tanto declaro que no quiero «jurar.» Todo el Clero de la derecha se levanta en masa, aplaude, y dice hallarse en igual disposición. La rabia y el despecho se pintan en el rostro de los miembros de la izquierda; dejando sus asientos forman corrillos para convenirse en el modo de paliar la vergüenza

¹ Dábase este nombre á la fracción de la Asamblea que ocupaba el lado izquierdo del salón, y que era la que se había propuesto *descatolizar* á la Francia.

de su derrota, y desvirtuar el brillante efecto de la constancia del Clero; mientras el eco de sus clamores llena el salon, por defuera se oye la gritería de los asesinos clamando: «¡ Al farol los obispos y «curas que no juraren!» Entre tanto, estos curas y obispos, serenos é impasibles, aguardan que sigan los llamamientos nominales tan preciosos para su fe, y piden y reclaman que se lleven adelante: así los Confesores de la primitiva Iglesia desafiaban á sus tiranos.

Sin embargo, de las tumultuosas deliberaciones de la izquierda sale una mocion, que Gregorio, otro de los juramentados, se encarga de explanar en la tribuna. Empieza arengando al Clero de la derecha y esforzándose en persuadir que la intencion de la Asamblea nunca fué atentar á la Religion ni á la autoridad espiritual; que el juramento á nada compromete contra la fe católica. «Pedimos, respondan los obispos y sacerdotes, que esta explicacion se convierta en decreto.» Ese era el medio de paliar hasta cierto punto los ultrajes irrogados á la Religion, pero la parte dominante de la Asamblea tenia muy diversas intenciones. Rehusando consignar la explicacion, pide tumultuosamente que en vez de llamar por sus nombres á los del Clero, se les haga una intimacion general de prestar el juramento. Retirado, pues, el anterior decreto, el presidente declara: «Que todos los eclesiásticos que aun no hubieren jurado, se levanten y se acerquen á hacerlo;» pero ninguno se levanta, ni acerca.

Al ver una resistencia tan invencible, los jacobinos pasan de la vergüenza á la desesperacion, y para vengarse de la ignominia que los cubre, decretan sobre la marcha que el Rey mandaria elegir otros obispos y párrocos en lugar de los que se hubieren resistido á jurar. Esta ley tiránica no impide que los sacerdotes, no jacobinos, que antes creyeran poderse eximir del llamamiento jurando con ciertas restricciones, vuelvan de su error y procuren enmendarlo incitados por su conciencia, viendo la digna entereza de sus colegas y no pudiendo ya disimularse la guerra abierta que se le declara por la obstinada negativa de la Asamblea en admitir toda explicacion favorable á la Religion. Muchos de ellos se acercan á la tribuna y se retractan en voz alta de un juramento que ya no pueden dudar es el de la apostasia; todos los demás que habian flaqueado como ellos se unen á la retractacion y quieren ponerla sobre la mesa, pero no les es admitida; insisten, y otra vez son rechazados; con todo, la voz de la imprenta hace pública el dia siguiente su conversion.

Así terminó este combate para siempre memorable, en que á la faz de una Asamblea encarnizada y á pesar de las amenazas de un populacho sin freno, el colegio de obispos y sacerdotes dió el sublime espectáculo de la profesion de fe mas solemne y auténtica que se halla registrado en los anales de la Iglesia. Salieron del tremendo Senado al través de las amenazas y vociferaciones de los sicarios, cuyo furor apenas contenia una escolta numerosa; pero ellos salieron gozosos del concilio porque habian sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús¹. Sus enemigos desconcertados no pudieron menos de rendir á tanta firmeza el tributo de su admiracion, y uno de ellos hubo de exclamar: «Si les hemos cogido su «dinero, ellos han conservado su honra.»

Para vengarse, la impiedad revolucionaria se puso á talar y saquear los lugares santos; cayeron bajo el martillo de los demolidores mas de cincuenta mil iglesias, capillas y oratorios; otras fueron convertidas en habitaciones, almacenes, guaridas de usureros y agiotistas, caballerizas, salones de baile, y algunas tambien, bajo el nombre de clubs, en cavernas de impíos y asesinos. Las campanas, las cruces, los incensarios, los cálices y otros vasos sagrados, y toda la plata de los templos, fueron rotos, tronchados y robados por los representantes *del pueblo*. De la sola diócesis de Nevers, Fouché se llevó á Paris varias cargas, una de ellas compuesta de mil noventa y un marcos de oro y plata, y otra de diez y siete cofres todos llenos de objetos de los propios metales sacados de las iglesias².

No contentos los impíos con embestir á Dios en sus templos, osaron conculcar su misma divinidad, sustituyendo al culto divino el de la *Razon*. Vióseles pasear triunfalmente en un carro, y colocar despues en el altar mayor de la metrópoli de Paris, á una ramera adornada de guirnaldas de roble, teniendo en la mano una pica, en la cabeza el gorro frigio, y á los piés un Crucifijo; y dióse orden para que esta impiedad execrable se imitase en todas las ciudades,

¹ Act. v, 41.

² Léese en el *Monitor* de 14 de noviembre de 1793: «En medio de aplausos generales y á los gritos de ¡Viva la república! se introduce en el salon de sesiones de la Convencion una gran caja llena de escudos arrastrada por diez hombres, y el contenido de un carro lleno de oro y plata procedente del departamento de Nièvre.»—En el número siguiente añade: «El departamento de Nièvre trae por tercera vez un rico presente á la patria compuesto de novecientas mil libras en numerario y mas de dos millones de plata labrada.»

villas y lugares de Francia. Felizmente no toda la nacion secundó tan sacrilego conato, y muchos eclesiásticos conservaron á escondidas entre las familias algunas chispas de la fe, y sostuvieron el valor de los fieles.

Tornóse entonces contra ellos la rabia de la impiedad. No basta la lengua humana á expresar todas las crueldades de que fueron blanco, y seria preciso tener otra para que se formase idea de tan inauditos horrores. Muchos de ellos arrestados en París ya en agosto de 1792, fueron trasladados á diferentes cárceles ó conventos transformados en mazmorras; y en la noche del 2 al 3 de setiembre, una turba de degolladores, préviamente excitada por bebidas y licores fuertes, fué conducida á la casa de la ciudad y á las prisiones, donde, fusil y sable en mano, cual manada de tigres sedientos de sangre, se precipitó sobre las inocentes víctimas señaladas á su furor, durando la degollina hasta el día 7, y siendo de ella víctimas tres obispos y mas de trescientos sacerdotes.

Uno de los obispos sacrificados era Mr. Dulau, metropolitano de Arles, otro de los que mas ilustraron á la Iglesia francesa por sus luces y virtudes, á quien los mismos impíos no pudieron rehusar su estimacion. Cuando estaba encerrado en la iglesia de los Carmelitas con otros ciento y veinte eclesiásticos aguardando el momento de que fueran á matarlos, propusiéronle distintas veces que se aprovechara de su valimiento ó que alegara á lo menos sus enfermedades para ser traslado á su casa. «No por cierto, respondió, «estoy aquí perfectamente y en muy buena compañía.» Tal se hallaba en verdad, que no solo nada pedia para sí, sino que se aprovechaba del ascendiente de su dignidad para que los demás presos fuesen asistidos antes que él. En la tercera noche de su detencion aun no tenia cama, y no pudieron hacérsela aceptar, porque habiendo contado los colchones vió que no habia para uno que acababa de llegar.

Los bárbaros carceleros se complacian en ultrajarle por ser el mas alto en dignidad; pero su religiosidad y paciencia le hacian como insensible á todas las tropelías, y lèjos de quejarse se tenia por el mas dichoso, puesto era el mas atormentado. En la víspera del día fatal, un asqueroso gendarme fué á sentarse con insolencia á su lado, y entre crueles pullas y groseras impiedades le dijo: «¡Amigo, estará V. perfectamente en la guillotina!» Despues se levantaba y le hacia profundas reverencias, dándole por burla sus

títulos de nobleza y de particular, que la Asamblea habia ya abolido: «Monseñor, decia, mañana se cortará el cuello á V. Ema.» Irritado y desconcertado al ver la calma del paciente Arzobispo, encendió su pipa, y sentándose otra vez junto á él, echábase al rostro bocanadas de humo. Cuando el Prelado no pudo resistir, mudó de sitio; pero el tenaz verdugo le fué siguiendo, y duró esta cruel escena hasta que su misma obstinacion quedó vencida por la paciencia de la víctima. Este grande hombre tenia tal presencia de espíritu y se hallaba tan dispuesto á ofrecerlo á Dios, que habiéndole despertado por la noche uno de los presos, alarmado por algun ruido, diciendo: «¡Monseñor, ya llegan los asesinos!» respondió tranquilamente: «Que lleguen; si el buen Dios quiere «nuestra vida, el sacrificio debe estar consumado;» y dicho esto se durmió.

Quando el domingo 2 de setiembre llegaron los bandidos para asesinar á los presos, el Arzobispo de Arles, hallándose en el huerto del convento, junto á un oratorio, con el Abad de Panonia, oyó que éste clamaba al ver el brillo de las armas: «Ahora sí, Monseñor, que creo «nos vienen á asesinar. — Querido, ¡cómo ha de ser! respondió; si «llegó el momento de nuestro sacrificio, sometámonos, y demos gracias al Señor que se digna aceptar nuestra sangre por tan bella causa.» Mientras esto decia, llegan los asesinos gritando: «¿Dónde «está el Arzobispo de Arles?» Él los aguardaba en el mismo sitio sin inmutarse; y acercándose mas: «¿Eres tú?» le dijeron al Abad de Panonia. Viendo que éste juntaba las manos y bajaba los ojos sin responder, dirigiéronse á Mr. de Dulau: «Tú, malvado, ¿eres el Arzobispo? — Sí, ¡yo soy! — ¡Ah, tunante! ¡con que tú eres el que hizo «derramar tanta sangre en la ciudad de Arles! — Señores, no «creo haber hecho mal á nadie en mi vida. — ¿No? ¡pues yo voy á «hacértelo á tí!» repuso uno de los descamisados. Y diciendo esto, descargó un sablazo sobre su cabeza, que el Prelado recibió impasible, vuelto hácia él, aguardando que secundara el golpe. Entonces otro asesino se adelanta y le cruza la cara de otro sablazo; el pobre Arzobispo sin proferir un ay, sin dar siquiera un paso adelante ó atrás, se contentó con llevar las manos á la herida, y solo al recibir otro golpe en la cabeza cayó apoyando un brazo en el suelo, como para impedir la violencia de la caída, y en fin recibió al pecho una lanzada tal, que el hierro no pudo volver á salir. El héroe de esta hazaña puso un pié sobre el cuerpo del Prelado, co-

gió su reloj, y lo alzó enseñádoselo á los demás cual precio de su triunfo.

Tal fué el martirio de ese buen Prelado, el cual sacrificando sin cesar sus gustos á sus deberes, solo conocia las dulzuras de la sociedad para privarse de ellas, y solo se servía de sus riquezas para socorrer á los indigentes, no gustando otro placer que el de hacer bien. No es extraño, pues, que los jacobinos encargasen á sus emisarios inmolarse cual primera víctima de su furor, pues los hombres que mas odiaban eran precisamente los mas adictos á la Religion y los que así podian defenderla con su talento como honrarla por su virtud, en cuyo concepto uno de los preferentes era el Arzobispo de Arles.

Bien pronto siguieron sus huellas los Obispos de Saintes y Beauvais, inhumanamente asesinados como él, aunque vertiendo gustosos su sangre por la fe; y si los demás prelados de Francia se eximieron de correr igual suerte, fué por haberse con tiempo puesto á salvo, prefiriendo la expatriacion y la pobreza al goce de sus bienes y dignidades, que no hubieran podido conservar sin rebelarse contra la Religion, con lo cual dieron una prueba de que en caso extremo tambien hubieran preferido la muerte á la apostasia.

La persecucion, empezada en las cárceles de París, fué extendiéndose por toda la capital y por las provincias; pero entre los atentados mas odiosos y que mas atraen la maldicion del género humano sobre la impiedad revolucionaria, es preciso señalar el asesinato del venerable abate Fenelon, tan justamente llamado *padre de los huérfanos*. Este sacerdote, entre toda la familia el mas parecido por sus virtudes al grande Arzobispo de Cambrai, hacíase singularmente admirar por su celo en el socorro y enseñanza de los pobres conocidos en París con el nombre de *saboyardos*. Amábales como á hijos y asistenciales á todos, pero con especialidad favorecia á los niños por ser los mas necesitados y los mas ocasionados á cualquier percance. Tenia en su casa un almacen de camisas, zapatos y vestidos para el uso de estos infelices, y además varios utensilios propios para que se ganasen la subsistencia, los que repartia entre ellos segun sus necesidades. Podian entrar en su casa en toda ocasion, y debian hacerlo á horas determinadas, ya para pedir lo que deseaban, ya para dar cuenta de su conducta, ya para oír lecciones de moral y de religion. Cuando habia algunos debidamente instruidos, señalaba un domin-

go para administrarles la primera comunión, á cuyo efecto les preparaba con algun tiempo de retiro durante el cual procuraba se reconciasen con Dios en el tribunal de la Penitencia, y, á fin de que la limpieza del cuerpo correspondiera á la pureza del alma, les daba un vestido nuevo. Celebrábase despues la ceremonia con mucha pompa, siendo regularmente un obispo el que les comulgaba por la mañana, y un hábil predicador el que les arengaba por la tarde, despues de lo cual reiteraban los votos del Bautismo. Este aparato religioso heria al vivo su imaginacion y sus sentidos, haciendo en su ánimo una impresion tal, que ya no volvia á horrorarse.

El espíritu de celo y caridad que al abate Fenelon animaba, le inspiró un medio especial para que los pequeños saboyanos se condujesen debidamente, y fué regalarles unas medallitas de cobre con uná leyenda al mérito; pero para obtenerla era preciso ganarla, y esto no se conseguia sino tras reiteradas pruebas de docilidad y buena conducta. El premiado conservaba la medalla como un objeto precioso, engalanábase á veces con ella, y no dejaba de exhibirla siempre que necesitaba de recomendacion, siendo además conocida de los agentes de policia, en cuyo concepto servia mucho al poseedor en algun apuro.

Á tantas obras buenas apenas alcanzaba la renta del generoso patrono, reducida á un módico priorato; pero cuando habia agotado sus recursos y particularmente en épocas calamitosas, hacia cuestas en la corte y en la ciudad y tambien en las casas nobles donde tenia entrada. — « Hay diseminados muchos hijos míos por todas las «calles de París,» decia ingénuamente á las personas á quienes imploraba, «y pido socorros para atender á las necesidades de esta «pobre y numerosa familia.» Por esto el mundo le daba el honorífico dictado de *Obispo de los pequeños saboyanos*.

Parece que un hombre tal, un padre tan tierno de los hijos del pueblo, debiera ser no ya respetado, sino amado y protegido por aquellos que se titulaban exclusivamente amigos del pueblo; pero pronto manifestaron los impostores que su cacareada amistad no era mas que la vana pantalla de su ambicion. Á pesar de los continuos servicios que á los huérfanos prestaba, el abate Fenelon fué detenido como sospechoso, á la edad de ochenta años, y conducido á las cárceles del Luxemburgo. Sus protegidos no bien supieron esta novedad, llenos de dolor resolvieron presentarse en masa á las puertas

de la Asamblea nacional para reclamar que fuese soltado, á cuyo efecto hiciéronse redactar una peticion en la que se vertian algunas especies que su cariño rechazaba, pero que se consideraron indispensables para el buen logro de la pretension. El dia 19 de enero de 1794 preséntanse, en efecto, delante de la temible Convencion, con su memorial en la mano, y, siendo imposible dejar de oirles, uno de ellos, llamado Fermin, toma la palabra en nombre de los demás y dice:

«Ciudadanos legisladores: Bajo el imperio del *despotismo* los saboyanos necesitaron el apoyo de la Francia, y un anciano respetable les sirvió de padre. La vigilancia de nuestra conducta, los elementos de nuestra industria, nuestra propia subsistencia, estuvieron mucho tiempo pendientes del celo benéfico de este patrono que era sacerdote y noble, pero afable y compasivo, y por consiguiente buen *patriota*. Este sujeto, tan caro á nuestros corazones, y no dudamos decirlo, aun á la humanidad, es el ciudadano Fenelon, de ochenta años de edad, detenido en el Luxemburgo como medida de seguridad pública. Estamos léjos de condenar esta medida, y acatamos la ley, pues los magistrados no tienen obligacion de conocer al buen anciano como le conocen sus hijos. Lo que nosotros pedimos, ciudadanos representantes, es que plazca á este *augusto* Senado poner en libertad á nuestro padre, bajo *nuestra responsabilidad*. No hay ninguno que no se halle dispuesto á ocupar su lugar, y aun todos juntos nos ofreceríamos á ello si la ley lo autorizase.

«Dado caso que nuestra sensibilidad pudiera graduarse de indiscreta, disponed á lo menos, ó ciudadanos legisladores, que se abra un pronto debate sobre la conducta de nuestro padre, pues que entonces sin duda vosotros mismos aplaudiréis sus virtudes *civicas*, proporcionando á sus hijos el dulce consuelo de habérselas hecho conocer, y á este buen padre el de recibir tan acendrada prueba de vuestra *justicia* y *gratitud*.»

El memorial tal cual venia redactado y acababa de ser leído, suscrito por el mismo *Fermin*, «en nombre de los demás,» se puso sobre la mesa. La Asamblea por toda contestacion mandó pasarlo al comité de *seguridad pública*, que era como remitirlo á los que deseaban la muerte del preso, de manera que al oír este acuerdo, uno de los saboyanos no pudo menos de exclamar: «¡Al comité de seguridad pública! ¡ya no hay remedio para nuestro padre! Ciudadanos

«legisladores: habeis anunciado la paz á las cabañas y la guerra á los castillos; pero ¿no perdonaréis al santo abate Fenelon el haber nacido en un castillo, cuando durante sesenta años fué el amigo y el bienhechor de las cabañas?» Este acento de dolor filial no hizo impresion alguna á los feroces *sans-culottes*.

Creciendo el terror cada vez mas, ya vió el abate Fenelon ser necesario prepararse á sacrificar su vida; redoblando, pues, de fervor en sus piadosos ejercicios, hizose modelo de resignacion para todos sus compañeros de cautiverio, de suerte que, inspirados por su ejemplo, muchos entraron en sus sentimientos, se confesaron con él, y con él se dispusieron á bien morir. Era llavero de la cárcel uno de aquellos niños saboyanos que el buen Abate habia instruido y favorecido, el cual viendo á su bienhechor entre las víctimas destinadas á perecer, corre fuera de sí, y lo abraza estrechamente clamando: «¡Padre mio! ¿V. condenado á muerte? ¿V. que no ha hecho mas que bien?» Y estrechándole siempre con mayor fuerza, le cortaba el paso, y queria arrancarle de las manos de los *gendarmes*. — «Consuélate, le respondió el buen anciano; la muerte no es un mal para el que ya no puede ejercer el bien; tu sensibilidad en este momento es la mejor recompensa para mi corazón. Adios, José, acuérdate de mi alguna vez. — ¡Ah, señor, responde llorando el mancebo, no crea V. que nunca pueda olvidarle!» En premio de su piedad filial le quitaron el destino que desempeñaba.

Otro de los mismos saboyanos, detenido tambien como sospechoso, fué á arrojarle á las plantas del abate Fenelon diciendo con los ojos arrasados en lágrimas: «¡Cómo, padre mio! ¿Tambien V.? — «No llores, querido, respondió afectuosamente el anciano; decreto es del cielo. Ruega por mí, si acaso voy á la gloria, y así lo es; pero de la gran misericordia de Dios, no dudes que tendrás en ella un esmerado valedor.»

Condenóle el tribunal de sangre el dia 28 de junio de 1794. Colocado en la fatal carreta con otros sesenta y ocho víctimas, exhortóles durante el camino á detestar sus faltas, á poner su confianza en Dios y á hacerle resignadamente el sacrificio de su vida, y al llegar al pié del patíbulo, reanimó su celo y sus fuerzas exhortándoles á formular con buen ánimo el acto de contricion, despues de lo cual pronunció sobre ellos la sagrada fórmula absolutoria. Testigos presenciales aseguraron que el ejecutor quedó tan impresionado por el